

# MOISÉS SÁENZ: NACIONALISTA MEXICANO

John A. BRITTON  
*Universidad de Tulane*

LA REVOLUCIÓN MEXICANA, una de las grandes revoluciones sociales de principios de siglo, llamó la atención del gobierno nacional hacia los grandes problemas sociales, incluido el de la educación del campesinado predominantemente analfabeto. Pero la expansión del sistema escolar en el campo en los años veintes y treintas fue más que un intento de educar al campesino, fue también un esfuerzo básico del proceso de construcción nacional. Con frecuencia los sectores rurales del país estaban aislados económica, social y culturalmente de los centros urbanos más modernos y el campesino se hallaba en la posición más desfavorecida, en la base de la escala socioeconómica. Moisés Sáenz vio en la escuela rural un medio para reducir la brecha entre la ciudad y el campo, para integrar a la población indígena y mestiza del México rural a la vida nacional. En estos años que mencionamos tal vez él haya sido el teórico más coherente de la política de la Secretaría de Educación Pública.

Durante la década de los veintes, el gobierno federal mexicano inició un gran esfuerzo por llevar la educación al campo. El arquitecto de esta empresa fue José Vasconcelos, un joven intelectual enérgico y decidido. En 1922 el Departamento de Educación y Cultura Indígena de la Secretaría de Educación Pública tenía 309 escuelas, 17 925 estudiantes y cerca de 400 maestros. Para 1932 el gobierno federal mantenía 6 796 escuelas rurales, con 8 442 maestros y 593 183 estudiantes.<sup>1</sup> La escuela rural, o *Casa del Pueblo*, pasó a ser

<sup>1</sup> *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, II, núm. 5, p. 35 y Eyley N. Simpson, *The Ejido, Mexico's Way Out*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1937, p. 282.

algo más que una institución académica, pues ejercía las funciones de centro social para toda la comunidad. Pero el sistema carecía de una teoría global que orientara a los maestros, y Moisés Sáenz estaba dispuesto a satisfacer esa necesidad. Como subsecretario de Educación durante el gobierno del presidente Calles, empezó a aplicar la pedagogía de John Dewey al campo mexicano, ajustándola y adaptándola a los desafíos de las particularidades del medio ambiente.

Sáenz era un reconocido estudioso de la filosofía y de la pedagogía de Dewey; sin embargo, sus ideas en torno al nacionalismo mexicano despertaron poco interés. Sus detractores más agrios lo tildaban de “pocho”, o mexicano con valores norteamericanos.<sup>2</sup> Observadores más favorables encuentran que su contribución fue importante en el campo de la teoría educativa, porque él fue quien introdujo en México la educación progresiva de Dewey.<sup>3</sup> Sáenz entendía muy bien la cultura norteamericana y quería importar algunos de sus aspectos, aunque su interés primordial era la preservación y supervivencia de México como nación y como entidad cultural.

Siendo subsecretario de Educación a una edad relativamente joven —treinta y seis años—, Sáenz poseía ya excelentes credenciales de educador. Nació en Monterrey, Nuevo León, en 1880 y adquirió su primer entrenamiento como pedagogo en la Escuela Nacional de Jalapa, Veracruz. Obtuvo un doctorado en el Teacher's College de la Universidad de Columbia, y más tarde continuó sus estudios en la Sorbona de París. Regresó a México para ocupar los cargos de director de Educación del estado de Guanajuato, director de la Escuela Nacional Preparatoria, y, en 1924, subsecretario de Educación Pública. Después de ocupar durante seis

<sup>2</sup> Ramón Eduardo Ruiz, *The Challenge of Poverty and Illiteracy*, San Marino, The Huntington Library, 1963, p. 30.

<sup>3</sup> Isidro Castillo, *México y su Revolución Educativa*, México, Editorial Pax; México, 1965, pp. 283-284; y Francisco Larroyo, *Historia Comparada de la educación en México*, México, Editorial Porrúa, 1964, 7ª edición, pp. 404-406.

años ese puesto, pasó a la dirección de un experimento de educación rural en Carapan, Michoacán, y a ser consejero especial de la Secretaría. En febrero de 1933 una virulenta y desafortunada disputa con Narciso Bassols, entonces secretario de Educación, llevó a Sáenz a abandonar el ministerio después de una década de servicio. Más tarde fue nombrado embajador en Perú, en donde permaneció hasta su muerte en 1941.<sup>4</sup> Durante esos diez años en la Secretaría, Sáenz se distinguió como un pensador serio y estimulante, profundamente imbuido de los problemas que México confrontaba como nación.

Sáenz fue uno de los formuladores del nacionalismo mexicano, que él consideraba parte vital de la Revolución. Muchos estudiosos del siglo xx mexicano señalan que el nacionalismo en ese período es un fenómeno de gran importancia, y para evaluarlo han sugerido diversos enfoques. En su estudio *The Dynamics of Mexican Nationalism*,<sup>5</sup> Frederick Turner considera el nacionalismo como una fuente de cohesión social; Arthur Whitaker y David C. Jordan han examinado brevemente el nacionalismo como un movimiento de masas;<sup>6</sup> y con una perspectiva totalmente diferente Josefina Vázquez de Knauth ha analizado el contenido de los libros de historia de México, que revelan un esfuerzo consciente por parte de los educadores por crear en los alumnos una imagen de la historia de México adecuada a las circunstancias y tendencias propias e inmediatas del país.<sup>7</sup> Albert Michaels ha estudiado la ideología política de los partidos como una expresión del nacionalismo conservador del Mé-

<sup>4</sup> *Diccionario Porrúa*, México, Editorial Porrúa, 1964, pp. 1361-1362; y *Excelsior*, febrero 4, 1933, pp. 3 y 9.

<sup>5</sup> Frederick Turner, *The Dynamics of Mexican Nationalism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1968.

<sup>6</sup> Arthur Whitaker y David C. Jordan, *Nationalism in Contemporary Latin America*, Nueva York, Free Press, 1966.

<sup>7</sup> Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y Educación en México*, México, El Colegio de México, 1970.

xico de mediados del siglo XIX.<sup>8</sup> Los trabajos mencionados caen dentro de dos categorías generales: el enfoque sociológico de Turner, Whitaker y Jordan; y los de tendencias intelectuales de Vázquez de Knauth y de Michaels. El nacionalismo de Moisés Sáenz era de carácter primeramente intelectual, en el sentido de que trataba de evaluar: 1) el desafío que representaba la diplomacia del dólar de Estados Unidos, y 2) la necesidad de la integración social y cultural de México.

### *Sáenz frente a la diplomacia del dólar*

De acuerdo con Sáenz, la reafirmación del derecho del gobierno a preservar y proteger los recursos naturales, fue una de las principales contribuciones de la Revolución. La Constitución de 1917 atribuyó al gobierno federal el control del subsuelo, obligando a las empresas privadas a obtener un permiso gubernamental para extraer el petróleo o cualquier otro producto mineral. La Revolución también modificó la actitud del gobierno hacia las compañías extranjeras. La Constitución prohibía la apropiación extranjera de tierras y aguas a cien kilómetros de la frontera o a cincuenta de la costa. Además, el gobierno se reservó el derecho de gravar con impuestos a las compañías extranjeras según la tasa que él mismo fijara.<sup>9</sup>

Sáenz halló la justificación de su política nacionalista en el caso de la relación de Cuba con Estados Unidos. Con base en la obra de Scott Nearing y Joseph Freeman, *Dollar Diplomacy*, Sáenz afirmaba: "la vida política y económica de

<sup>8</sup> Albert L. Michaels, "El nacionalismo conservador mexicano", *Historia Mexicana*, XVI, 2, octubre-diciembre, 1966, pp. 213-238.

<sup>9</sup> Moisés Sáenz, "Las inversiones extranjeras y el nacionalismo mexicano", *Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública*, XII, 17, pp. 12-14. También ver Moisés Sáenz y Herbert J. Priestly, *Some Mexican Problems*, Chicago, University of Chicago Press, 1926, pp. 3-31.

la isla está dominada desde Nueva York y Washington” y generalizaba al decir que las compañías internacionales tienen el poder suficiente para intimidar a los gobiernos de los países pequeños a través del soborno o, cuando era necesario, del fomento de revoluciones o de guerras civiles. México se enfrentó a esta amenaza representada por las compañías petroleras.<sup>10</sup> En 1926 Sáenz anticipaba en algunos de sus escritos la crisis petrolera de 1938.

A este personaje le disgustaba la actitud de los extranjeros que vivían en México y que nunca llegaban a interesarse por los asuntos mexicanos. El interés de esta gente era las ganancias materiales y sentían muy poco respeto por la cultura nacional. En general, Sáenz veía que estos extranjeros sentían un cierto desprecio por el gobierno, las leyes y las instituciones mexicanas. Daba el ejemplo de algunas compañías petroleras extranjeras que se negaban a hacer contribuciones a la sucursal mexicana de la Y. M. C. A. Para él, las opiniones y el comportamiento de la colonia extranjera eran tan insultantes como peligrosas para la nación mexicana.<sup>11</sup>

Sus opiniones en torno al nacionalismo mexicano con respecto a la política y a la economía internacionales las resumía con las siguientes palabras:

México ha sido llamado “madre del extranjero y madrastra del mexicano”. La Revolución ha tratado y trata todavía de dar al mexicano un lugar bajo el sol de México, y de recobrar del explotador extranjero lo que nos pertenece por derecho. . . Internacionalmente la Revolución no tiene hacha que esgrimir, pero desea evitar complicaciones con la adopción de una legislación clara y sometiendo a la ley al capitalista extranjero.

Desde un punto de vista internacional, el nacionalismo mexicano, es, en parte, la tendencia a recobrar o a retener nues-

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 8-9, 11-14.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 5-6.

tra herencia material. Este derecho es tan elemental que sin duda nadie lo discutiría.

Nuestro nacionalismo deberá también cuidar de que la riqueza nacional se desarrolle adecuadamente, y de que México se halle representado en los mercados del mundo como debe hallarse.<sup>12</sup>

### *La integración social*

Sáenz era un ardiente defensor de la soberanía mexicana, pero el núcleo de su nacionalismo implicaba el problema de la integración social. La reafirmación de los derechos de la nación ante las empresas internacionales tenía como objetivo último el desarrollo interno de México, porque esta reafirmación permitiría a los mexicanos utilizar sus recursos, tanto físicos como humanos, según les conviniera. Como educador y estudioso de la sociedad vio que el problema más grave al que México se enfrentaba era la ausencia de unidad social; específicamente el aislamiento de los indígenas, en su medio rural, del resto de la población.

Según la teoría de este educador, el medio más efectivo para reducir esta brecha y este aislamiento era la escuela rural. Esta institución habría de convertirse en el centro social de la comunidad indígena, e incluiría a niños y adultos en una amplia variedad de actividades, desde la música y la danza hasta el cultivo del maíz. Era igualmente importante que los indígenas aprendieran a hablar, leer y escribir en español, para romper la barrera que significaba la persistencia de muchos dialectos, especialmente en los estados del sur de la República. Lo ideal sería introducir a las masas indígenas en la vida nacional a través del sistema federal de escuelas rurales y de su cuerpo de maestros.<sup>13</sup>

Sáenz también reconocía la importancia del mestizo en el problema de la integración nacional. Cuando los dos millo-

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>13</sup> Sáenz y Priestly, *Some Mexican Problems*, pp. 72-73.

nes de indígenas se hubieran unido a los nueve millones de mestizos, sólo un millón y medio de la población mexicana sería blanca —un poco más del diez por ciento. Tal vez la frase “incorporar al indio a la civilización” debiera cambiarse por “incorporar la civilización al indio”, si el mestizo quedara incluido dentro de esta categoría. Desde un punto de vista realista, Sáenz sabía que muchos mestizos ya formaban parte de la cultura moderna, al vivir y trabajar en las ciudades o en granjas comerciales, pero no podía dejar de señalar el predominio de la sangre indígena en el total de la población nacional.<sup>14</sup>

El proceso de integración no estaba diseñado para eliminar o destruir el modo de vida indígena. El educador se enfrentaba a la desafiante tarea de preservar algunos de los elementos básicos de la cultura nativa, al tiempo que introducía algunos otros de la civilización occidental. “Conservar, pues, los elementos valiosos de las culturas indígenas y amalgamarlos con los nuevos conceptos y las nuevas maneras de las civilizaciones modernas es una tarea que compete de manera directa al educador mexicano”.<sup>15</sup> Sáenz se sentía profundamente conmovido por lo que él mismo llamaba las virtudes del indígena: “una maravillosa paciencia y quietud; una milagrosa fortaleza, tanto física como mental; [y su] temperamento artístico...”. Los restos del México precortesiano ofrecían una prueba de la grandeza que un día alcanzarían los nativos.<sup>16</sup>

La integración social no sólo tenía que superar barreras culturales, sino también la deliberada y consciente resistencia de la clase alta; una resistencia que se había mantenido desde la Independencia, en 1810. Sáenz explicaba esta postura con un lenguaje muy emotivo:

<sup>14</sup> Secretaría de Educación Pública (S. E. P.), *Boletín*, VI, 7, pp. 510-511.

<sup>15</sup> *Universal*, 15 de septiembre de 1928, sección VII, p. 6.

<sup>16</sup> Sáenz y Priestly, *Some Mexican Problems*, pp. 72-73.

La aristocracia —sangre azul, excesiva posesión de tierras, privilegio social, exclusivismo político, privilegio religioso— contra el pueblo, contra el indio y mestizo, el peón y el miserable —el semiesclavo—, contra el conglomerado de seres humanos que han vegetado en México, extraños hambrientos en una tierra de plenitud. Se hallan frente a frente, decimos en México, rebelde y reaccionario. ¡Lo que un nombre significa! Esencialmente un reaccionario en México es el hombre que por privilegio especial ha tenido demasiado que comer. Un rebelde es aquel que por un siglo y más ha sufrido hambre.<sup>17</sup>

En un discurso especialmente lúcido pronunciado ante un grupo, en su mayoría norteamericano, en los cursos de verano de la Universidad Nacional, Sáenz definió la introspección de México —su búsqueda de identidad.

Los mexicanos están efectivamente empeñados en la labor de descubrirse a ellos mismos.

Estamos descubriéndonos étnica y socialmente, no ya con aquella sabiduría arqueológica y especialista que disecta a las sociedades y a los agentes, las cataloga y las archiva, que esa especie de saber, si no abundante, no era del todo ignorada. El conocimiento que hoy elaboramos es más dinámico, tiene un sentido social más claro. El indio, por ejemplo, no es objeto de curiosidad científica, sino de inquietud humana; no se le estudia para clasificarlo, ni siquiera para salvarlo, sino para hacerlo nuestro.<sup>18</sup>

### *El creciente pesimismo de Sáenz*

Muchos de los discursos y artículos que Sáenz publicó durante los años veintes sugerían en gran parte un subyacente optimismo por el futuro de la integración social en México, pero, a veces, revelaban un persistente pesimismo.

<sup>17</sup> Sáenz, "Las inversiones extranjeras", p. 4.

<sup>18</sup> S. E. P., *Boletín*, VII, 7, pp. 46-47.

Sáenz sentía que la Revolución había logrado abrir nuevas oportunidades para las clases bajas rurales a través de la reforma agraria, la educación y la aceptación de la mayoría indígena y mestiza como parte esencial de la cultura nacional. Pero en su área de especialización, la educación rural, halló signos que indicaban que el programa revolucionario no se estaba desarrollando tal y como lo habían previsto sus formuladores. Con frecuencia su pesimismo se manifestaba en sus reacciones ante la evidencia de la ineficacia de la escuela rural, nublando a veces su visión optimista de una nación mexicana totalmente integrada.

En junio de 1927 Sáenz visitó la sierra de Puebla con el propósito de observar las actividades de una escuela rural en una comunidad indígena. La vida tan primitiva de la región lo sorprendió, especialmente por los métodos agrícolas rudimentarios y por el bajo nivel de vida. La gente aprendía lentamente el español, dada la fuerza tradicional de su lengua madre y la ausencia de contactos con el mundo exterior.

En la región existían escuelas desde que el sistema lancasteriano llegó al país en la década de 1870, pero su efecto sobre la comunidad había sido muy débil. Sin embargo, las "escuelas activas" ofrecían un nuevo instrumento para tratar el medio rural.

Sáenz pensaba que el programa de escuelas rurales en la sierra de Puebla era muy bueno, pero no había logrado los resultados deseados. Las escuelas habían desarrollado una gran variedad de proyectos relacionados con la cría de animales y las pequeñas industrias, pero no se veía que la comunidad hubiera recibido los efectos del éxito de estas innovaciones. Parecía que los niños pensaban de cierta manera en clase para satisfacer al maestro, pero luego en su casa volvían a sus hábitos y lengua tradicionales. Los adultos no participaban en las actividades iniciadas por la escuela, ampliando de esta manera la brecha entre el salón de clases y la comunidad. No obstante, Sáenz aplaudía los valientes

esfuerzos de los maestros rurales en su lucha contra las costumbres nativas.<sup>19</sup>

A partir de sus experiencias en la sierra de Puebla, Sáenz obtuvo una nueva visión de las limitaciones de la escuela:

Y es que el problema en esta región no es tan sólo un problema educativo; es un problema de civilización. Y en la obra civilizadora la parte escolar es mínima. Hay tantos aspectos de la vida a que atender, tantos problemas que quedan, por su naturaleza, fuera de la escuela misma, que por mucho que las instituciones escolares se esforzaran el resultado tendría que ser siempre deficiente. La civilización mecánica tiene que estar satisfecha antes de que el corazón y la inteligencia puedan entrar en juego. Y las gentes tienen que vestirse y que tener medios expeditos de comunicación. Hay, en suma, un mundo de factores económicos que resolver y verdaderos montones de obstáculos materiales que remover antes de que la labor escolar pueda resultar eficaz.<sup>20</sup>

En noviembre del mismo año Sáenz visitó las escuelas rurales de San Luis Potosí y descubrió que la principal falla era de coordinación entre el programa del gobierno federal y los esfuerzos de los educadores estatales. Además, los maestros no aplicaban los principios de la "escuela activa", sino que más bien mantenían el antiguo enfoque formalista. La escuela estaba aislada de la comunidad y como resultado de ello tenía poca influencia sobre los asuntos locales. Sáenz también notó que los salarios de los maestros empleados por el Estado eran muy bajos, un factor que pudo haber contribuido a la escasez de personal bien entrenado en la teoría educativa moderna.<sup>21</sup>

La principal debilidad de la escuela de San Luis Potosí era su fracaso en la aplicación de la teoría de la "escuela activa", dentro del contexto local. La necesidad más urgente

<sup>19</sup> *Ibid.*, VI, 7, pp. 497-510.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 504.

<sup>21</sup> *Ibid.*, VII, 2, pp. 268-279.

de esta área era el agua, pero la escuela había ignorado esa situación. Sáenz pensó que la escuela podía haber hecho un pequeño esfuerzo, tal vez trabajando por el mejoramiento de las condiciones higiénicas del tanque de almacenamiento del pueblo. Los maestros hubieran podido, por lo menos, instalar filtros modernos en el sistema de tubería de la escuela para ejemplo de la comunidad. Pero Sáenz se dio cuenta de que no era fácil aplicar nuevas teorías educativas y que los agentes del gobierno federal tenían que tratar con tacto y paciencia a los funcionarios locales.<sup>22</sup>

Sus viajes hicieron a Sáenz consciente de las limitaciones de la educación en las áreas rurales. Un defecto sobresaliente era la inadecuada comunicación entre los sistemas estatal y federal, particularmente con relación a la aplicación de la teoría de la "escuela activa". La nueva pedagogía también había tardado mucho en ser aceptada en las escuelas normales rurales.<sup>23</sup> La ausencia de directivas centrales se veía complicada por la variedad de circunstancias en las que tenía que ser aplicada la teoría. En San Luis Potosí el inadecuado aprovisionamiento de agua era un gran problema, pero en el distrito indígena de la sierra de Puebla, tan intensamente poblado, el desafío era mayor y la resistencia al cambio mucho más fuerte. Sáenz tenía la dolorosa conciencia de las complejidades implicadas en la introducción de nuevos modos de vida en las áreas rurales. La simple tarea de ligar al maestro rural con la Secretaría de Educación Pública y su metodología, era bastante difícil en sí misma, pero exhortar al maestro a relacionarse con su propia comunidad ofrecía una serie de problemas totalmente diferente.

El pesimismo que parecía tan obvio a nivel local lo era menos cuando Sáenz fue adquiriendo un panorama general de la educación a nivel nacional. Admitió que las escuelas estatales se hallaban rezagadas con respecto a las escuelas fe-

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 268, 277-278.

<sup>23</sup> *Universal*, 15 de septiembre de 1928, VI, pp. 5-6.

derales en la aceptación de la nueva pedagogía, pero creía que la "escuela activa" ganaba constantemente nuevos adherentes y que pronto se convertiría en la filosofía dirigente de la educación mexicana a todos los niveles. México experimentaba un progreso educativo, aunque a veces pareciera que su desarrollo era de una lentitud exasperante.<sup>24</sup>

En 1932, antes de su disputa con Bassols y de su retiro de la Secretaría de Educación Pública, Sáenz publicó un artículo en *El Maestro Rural*, en el que intentaba analizar las razones del frecuente rechazo del campesino a la escuela rural. Concluía que la escuela y sus páginas impresas eran ajenas a las costumbres y a la comunicación verbal del indígena y del mestizo. Con los valores modernos que aportaban la alfabetización, el salón de clases y el maestro, la escuela tenía que luchar contra el folklore hablado generalmente aceptado. El maestro tenía que ser consciente del conflicto entre la tradición oral predominantemente indígena, y la tradición escrita predominantemente española; pero también debía darse cuenta de que esta última mejoraría la vida del campesinado. Sáenz admitía que "la escuela es la enemiga de la cultura (indígena)" y pedía a los maestros benevolencia y humildad en sus esfuerzos por llevar a sus alumnos a una cultura más moderna.<sup>25</sup>

### *Carapan: la complejidad de la vida rural*

Como director del experimento realizado en torno a la educación indígena en 1932 en Carapan, Michoacán, Sáenz intentó evaluar el proyecto y extraer las conclusiones referentes a sus efectos sobre la comunidad indígena local. La escuela estaba localizada en Carapan, el pueblo principal

<sup>24</sup> *Ibid.*

<sup>25</sup> Moisés Sáenz, "La escuela y la cultura", *El maestro rural*, I, 5, 1º de mayo de 1932, pp. 6-9.

de la región michoacana *Los once pueblos*. El propósito del proyecto era determinar cuáles eran los mejores instrumentos para introducir al indígena en los aspectos sociales y económicos de la modernidad —la incorporación del indígena a la nación mexicana. En cuanto a sus experiencias en la sierra de Puebla y en San Luis Potosí, Sáenz tuvo que luchar en su evaluación para equilibrar lo positivo y lo negativo, logros y fracasos.

El experimento de Carapan no tuvo éxito y la explicación de ese fracaso la halló Sáenz en tres razones principales: primero, era necesaria una asistencia especializada en agricultura, salubridad, economía y comunicaciones, necesidad que no podía satisfacer la Secretaría de Educación. Tampoco había facilidades de crédito para los pequeños propietarios, otro problema que se hallaba fuera del alcance de esa misma dependencia.<sup>26</sup> Segundo, los educadores que participaban en el experimento parecían entrar dentro de dos categorías: académicos y activistas. A la primera le bastaba con hacer estudios y discutir sus hallazgos; la segunda quería introducir un cambio acelerado en la comunidad indígena y consideraba los resultados académicos como secundarios.<sup>27</sup> Y por último, el abandono del experimento de Carapan después de año y medio de trabajo fue para Sáenz “sintomático de una dolencia mexicana: la falta de perseverancia”. Su posición no era la de sostener que las escuelas hubieran podido transformar la comunidad indígena en pocos años, pero pensaba que un poco más de tiempo permitiría que tales empresas maduraran.<sup>28</sup>

Sáenz interpretaba en un sentido más amplio el proceso que llamaba de “mexicanización” en oposición al “indigenismo” en su forma purista. Los indigenistas radicales estaban excesivamente preocupados por la preservación de los atribu-

<sup>26</sup> Moisés Sáenz, *Carapan: bosquejo de una experiencia*, Lima, Perú, 1936, pp. 300-302.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 301-302.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 303.

tos únicos de los diversos grupos nativos, sin conciencia alguna de la necesidad todavía mayor de un México unificado. Para Sáenz, cuyo indigenismo era más moderado, si México había de seguir existiendo, tenía que asimilar a su pueblo en una sola cultura nacional.

A veces me ha asaltado el temor de que México, no obstante su pujanza, no la tenga suficiente para insinuarse con propósito y eficacia hasta el último confín de su dominio natural. Perdimos Texas con los Estados Unidos por esa falta de vigor y quién sabe si aún corramos el riesgo de perder la Baja California otra vez con los yanquis y la zona oriental de Yucatán con los ingleses. En cuanto a los indios, nadie vendrá a disputárnoslos al corazón de Anáhuac, pero no los merecemos si en décadas y en centurias no hemos sido capaces de integrarlos a la vida nacional.<sup>29</sup>

Sáenz concebía la "mexicanización" del indígena como una cuestión de mejoramiento de las comunidades, puesto que los diversos grupos indígenas vivían en áreas rurales aisladas de cualquier contacto con el exterior. No existían carreteras ni para viajar ni para el comercio, y la persistencia de los dialectos y del analfabetismo ayudaban a crear una barrera cultural que obstruía el desarrollo de la vida nacional. "El problema es sencillamente una cuestión de grupos humanos aislados, remotos, olvidados." Y esta gente tenía que ser trasladada de las márgenes económicas y culturales de la nación, al centro, a través de la creación de nuevos medios de comunicación.<sup>30</sup> Sáenz veía a los mexicanos divididos en tres culturas: "citadino y urbanizado el primero; campesino el segundo; indígena el último". Entre estas tres culturas la indígena era la que menos interacción tenía, pues era la más impermeable a las influencias externas.<sup>31</sup>

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 305-306.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 304-305.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 306-307.

Al sintetizar sus hallazgos en Carapan, Sáenz proponía que el proceso de integración del indígena podía realizarse más aceleradamente a través de un departamento gubernamental especializado en asuntos indígenas. Esta oficina podía llevar a cabo las funciones de educación, economía y estudio agrarios, investigaciones sociales, salubridad, asesoría legal y protección del indígena —actividades que anteriormente habían correspondido a varios ministerios. Dentro de ese departamento habría cabida para diversas especializaciones, de tal manera que tanto el activista como el académico podrían hallar posiciones satisfactorias.<sup>32</sup>

La evaluación de la influencia de las sugerencias de Sáenz sobre la política gubernamental está fuera del alcance de este trabajo; sin embargo, vale la pena señalar que en 1936, año en que Sáenz publicó su libro sobre Carapan, la Secretaría de Educación creó el Departamento de Asuntos Indígenas, cuya estructura y programas eran muy similares a las ideas de Sáenz.<sup>33</sup>

### *De la incorporación a la integración*

Después de abandonar la Secretaría de Educación, y México, para residir en Perú, Sáenz dirigió su atención hacia los pueblos indígenas peruanos y hacia la causa del indigenismo en toda América Latina. No obstante, de 1929 a 1934 escribió una serie de ensayos en torno a la integración nacional en México, y en 1939 la imprenta Gómez Aguirre de Lima los publicó en forma del libro *México íntegro*, con ligeras modificaciones introducidas por el mismo Sáenz. Esta obra representa su última publicación en torno a ese tema.

En *México íntegro* Sáenz atacaba los enfoques sentimen-

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 313-345.

<sup>33</sup> Departamento de Asuntos Indígenas, *Memorias correspondientes a los períodos del 1º de enero al 31 de agosto de 1936 y 1 de diciembre de 1936 al 31 de agosto de 1937*, México, Departamento Autónomo de Propaganda, 1938.

tales y académicos del problema indígena. Le simpatizaba muy poco la actitud que sólo permitía una investigación meramente científica, ejemplificada por Frederick Starr, que en alguna ocasión se jactara ante Sáenz de haber medido las cabezas de todos los indígenas de Oaxaca. Objetaba también el "sentimentalismo estéril y ocasional" que consideraba a los indígenas como parte de un pasado distante y ajeno. Ningún enfoque podía presentar al indígena como una preocupación social y cultural del México actual, lo cual exigía acción y un estudio práctico y realista.<sup>34</sup>

El autor de *México íntegro* daba una definición exacta del proceso de incorporación social del indígena en México, apuntando primero a lo inaceptable y delineando después lo que debía hacerse:

Ni por un instante deseo que se me crea defensor de la segregación del indio. Tampoco soy partidario de la política de paternalismo benevolente...; ni estoy con los que, postulando la incapacidad del indio, pretenden colocarlo en la categoría de un menor o de un incapacitado. Por otra parte, no soy de los que, con exaltación romántica, desearían convertir a México en un paraíso indígena, de penachos, mecenas y teocalis, ni se me ha ocurrido jamás sustituir a Noel por Quetzalcóatl o enseñar el náhuatl en vez del castellano. Pretendo, sencillamente, que el indio sea considerado como un dato, como un factor real o importante del problema de la integración de México. Soy partidario ferviente de la "incorporación" del indio a la familia mexicana, si esto quiere decir, en lo biológico, el proceso natural del mestizaje; en lo político, dar al indio cabida libre, con un criterio igualitario y democrático, al campo de la ciudadanía, y en lo cultural, una amalgama consciente y respetuosa, a la vez que selectiva e inteligente, de los rasgos y valores autóctonos con los elementos típicos y normativos del diseño cultural mexicano.<sup>35</sup>

<sup>34</sup> Moisés Sáenz, *México íntegro*, Lima, Perú, Imprenta Torres Aguirre, 1939, pp. 219-221.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 212-213.

Al revisar la historia de los esfuerzos del gobierno por incorporar al indígena, Sáenz se encontró con que el término "incorporación" había adquirido un significado mecanicista que no reflejaba las necesidades del país. El deseo de incorporar al indígena a la cultura nacional se había aceptado desde que Vasconcelos creó el Departamento de Cultura Indígena, pero la noción de "incorporación" había llegado a significar una cierta fórmula: el establecimiento de una escuela en una comunidad indígena, que orientara al nativo en la civilización moderna. Sáenz insistía en que este programa era demasiado ingenuo, puesto que se basaba en la idea de que la escuela como institución social estimularía la transformación cultural en gran escala. Optaba por el término "integración" siempre y cuando con ello se significara un proceso más complejo que incluyera una amplia gama de variables: "... todos los elementos de la nacionalidad, los factores humanos, las fuerzas vitales, las circunstancias del ambiente, las exigencias económicas, y por añadidura, cuanto de idealismo y de sentimiento podamos poner en la empresa".<sup>36</sup> Todos estos factores deben trabajar conjuntamente en la comunidad indígena para incorporarla a la vida nacional.

En el siglo xx, Estados Unidos y México ofrecían contrastes reveladores en términos de integración social. En opinión de Sáenz el pueblo norteamericano había conquistado su medio físico y al mismo tiempo había estandarizado su cultura. Todas las ciudades tenían el mismo aspecto, el sistema ferroviario abarcaba a todo el país y era uniforme, y todas las comunidades tenían una sala cinematográfica. Pero los grupos minoritarios —el indio y el negro— habían sido recludos en reservaciones o, a través de la segregación, estaban incapacitados para participar en la vida nacional. En México lo contrario era cierto, la variedad y el contraste eran la regla y no la excepción. El pueblo no había superado las

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 231-233.

dificultades del medio físico y muchos grupos rurales permanecían marginados, ajenos a la atmósfera comercial y progresista de las ciudades. A simple vista la comparación con Estados Unidos hacía de México un mundo caótico y desorganizado, pero Sáenz pensaba que su país se había comprometido de manera fundamental e irrevocable en el camino de la unidad.<sup>37</sup> La mezcla biológica del español con el indígena era un hecho; lo que restaba por hacer era la amalgamación económica, cultural y espiritual. En el florecimiento del "arte mestizo" Sáenz veía lo que a su juicio faltaba: "mestizo es aquel que étnica, cultural y económicamente participa de los rasgos de las dos razas y de las dos civilizaciones que han dominado el país".<sup>38</sup> En su comparación, Sáenz sugería que Estados Unidos nunca obtendría esa mezcla sin sufrir una monumental alteración de las actitudes y valores sociales, mientras que México estaba en proceso de sintetizar los diversos componentes de su cultura.

Sáenz observaba con agudeza crítica el ímpetu que la Revolución había dado a la unidad nacional. Alcanzar la unidad a través de la creación de una civilización moderna mecánica, implicaba un grave peligro a causa de la estandarización que tal proceso exigía. Quizás, en comparación, las desventajas del aislamiento eran menores.<sup>39</sup> La Revolución también había dificultado la unificación al generar serias divisiones dentro de la sociedad mexicana. Las clases bajas se habían rebelado y habían luchado ferozmente contra las clases altas. Los campesinos habían invadido las ciudades y establecido nuevos regímenes. Por último, la Iglesia católica y el gobierno mexicano se habían comprometido en una lucha por el poder que resultaba desafortunadamente muy disruptiva.<sup>40</sup> Sáenz comparaba las fuerzas que favorecían la unidad con las que la desfavorecían y concluía:

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 4-6.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 48-49.

<sup>40</sup> *Ibid.*, pp. 49-51, 255.

...Si se observa la escena mexicana, nos vemos precisados a admitir que más que una nación unida, la nuestra es una patria de divisiones. Se ha alcanzado, es verdad, la unidad emotiva; en cierto grado existe también una comunidad de ideales; la centralización del gobierno implica en parte uniformidad y coordinación. La fe católica, aunque nebulosa, también es un lazo de unión. Pero por otro lado, en lo social, en lo étnico, en lo intelectual y más aún, en lo económico nos encontramos desintegrados o en conflicto, no obstante la disciplina unificadora de la propia Revolución. La unión y el orden siguen siendo nuestras más ingentes necesidades.<sup>41</sup>

*México íntegro* termina con un resumen de los objetivos del nacionalismo, según el autor; algunos de ellos eran:

El propósito de nuestro nacionalismo no debe ser otro que la integración de todos los elementos y de todas las fuerzas —poniendo lo material siempre al servicio de lo humano— a fin de llegar a constituir una patria de hombres libres.

Precisa resolver el caos etnológico; la fusión de las razas debe trascender el terreno de un mero proceso biológico y convertirse en un fenómeno de unión espiritual. Incorpórese el indio a la familia mexicana, pero a la vez incórporese México a la familia indígena.

Se impone la reinterpretación cultural. El cuerpo mestizo ha de animar la alma mestiza. Aplicar la norma nórdica del blanco es injusto y contraproducente. Aceptemos valientemente el hecho básico de la mezcla indio-ibérica; permitamos que tanto lo indio como lo español fluyan en nuestra alma y aún podremos crear un Nuevo Mundo.<sup>42</sup>

### *Un nacionalismo maduro*

De 1924 a 1934 el pensamiento nacionalista de Moisés Sáenz sufrió cambios considerables. El optimismo evidente de

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 257.

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 261-262.

las declaraciones que hizo en sus primeros años en la subsecretaría se enfrentó a muy serios desafíos en las experiencias que aportaron las escuelas rurales de la sierra de Puebla y de San Luis Potosí. En Carapan tuvo que rendirse ante otro fracaso. A principios de los años treinta su optimismo había disminuido y aparentemente había dado paso a un cierto pesimismo, con el que insistía en la unidad nacional, pero con una mayor conciencia de las inmensas complejidades que ello implicaba.

Probablemente la clave de su creciente pesimismo la hallamos en su concepto de la efectividad de la escuela en el medio rural. Bajo la influencia de la educación progresiva de Dewey de los años veinte, había depositado su fe en la "escuela activa" como el catalizador del cambio social. Para 1927 las limitaciones de esta institución se hicieron claras, ante las enormes resistencias que imponían el dialecto y las costumbres indígenas y la necesidad de mejoras a gran escala en el medio material, para la promoción del crecimiento económico. Sáenz llegó a considerar la escuela como el único factor en la serie de los muchos que deben conjugarse para integrar al indígena.

Graduado en la Universidad de Columbia y discípulo de John Dewey, Sáenz era consciente de algunos de los aspectos positivos más relevantes de la cultura de Estados Unidos, pero también sabía de la amenaza que representaba para el futuro de la soberanía y unidad nacionales el agresivo vecino del norte. En 1926 el poder de las compañías petroleras en manos de norteamericanos había llevado a Sáenz a adoptar una postura antiextranjera; pero lo importante es que durante su década de servicio en la Secretaría de Educación reveló tener conciencia de que era posible que en México se extendiera el mismo modo de vida mecánico y estandarizado que predominaba en Estados Unidos. Se oponía a este tipo de modernización, favoreciendo la unificación del indígena, del campesino y de los segmentos urbanos de la población nacional, con base en una cultura mexicana producto de la amalgama de las herencias española e indígena.

En el amplio panorama de las actividades revolucionarias que incluía la reforma agraria, la legislación obrera, el control de la Iglesia católica y la construcción de escuelas públicas, Sáenz veía otra dimensión: la de la construcción nacional. El éxito de la Revolución dependía en gran medida de sus esfuerzos por integrar plenamente al indígena a los sectores más avanzados del país. Para él, que era el principal exponente de la "escuela activa", este proceso significaba algo más que la mera construcción de escuelas. Ya en 1933 estaba convencido de que también tenía que tomar en consideración variables políticas y especialmente económicas; así como sociales y educativas. Pero en ningún momento propuso que México fuera una calca fiel de Estados Unidos; era demasiado inteligente y cultivado como para hacer una sugerencia tan simplista. Ni tampoco fue su papel principal el de "importador" de valores norteamericanos; su objetivo último, expresado en su pensamiento nacionalista, era la integración social y cultural de México.